



EDUCACION MEDICA U.C.

- SERVICIO A LA VIDA DEL HOMBRE
- MEDICINA: ¿VOCACION O EMPLEO?
- INVESTIGACION Y ETICA
- ASPECTOS ETICOS EN LAS ACCIONES DE SALUD
- DIEZ AÑOS DE O.E.M. - U.C. (1971-1981)





**Pontificia Universidad
Católica de Chile
Facultad de Medicina**

Educación Médica U.C. N° 2 / 84

Comité Editorial

DR. LORENZO CUBILLOS OSORIO
PROFESOR TITULAR DE CIRUGIA

DR. IGNACIO DUARTE GARCIA DE CORTAZAR
PROFESOR ADJUNTO DE ANATOMIA PATOLOGICA

DR. RICARDO FERRETTI DANERI
PROFESOR TITULAR DE MEDICINA

SR. OMAR ROMO VALENZUELA
PROFESOR TITULAR DE EDUCACION MEDICA

Foto Portada: EL DOCTOR.

*Reproducción del cuadro de
Sir Luke Fildes, notable
pintor inglés (1844-1927).*

*Esta obra, creada en 1891,
se caracteriza por su profundo
sentido humano de la relación
médico-paciente. Se encuentra
en la Galería Nacional de Arte Británico
(Tate Gallery), Londres.*

*EDUCACION MEDICA U.C.,
editada por la Facultad de Medicina
de la Pontificia Universidad Católica de Chile*

Inscripción N° 62.929

*Impresa en los Talleres de
Alfabeta Impresores
Lira 140 - Santiago*

Indice

Prólogo	5
Servicio a la Vida del Hombre	7
Discurso de S.S. el Papa Juan Pablo II en la inauguración del XV Còngreso Internacional de Médicos Católicos (Roma, 3 de octubre de 1982)	
Medicina: ¿Vocación o Empleo?	13
Dr. José Cañadell (España)	
Investigación y Etica	23
Dr. Juan de Dios Vial Correa	
Aspectos Eticos en Acciones de Salud	
Etica de las Relaciones Interpersonales del Equipo Médico	35
Dr. Armando Roa	
La Relación del Equipo Docente-Asistencial con el Paciente	43
Dr. Santiago Soto Obrador	
Relación Docente-Alumno en la Escuela de Medicina .	57
Dr. Arturo Jarpa Gana	
Reflexiones sobre Algunos Aspectos de la Relación Existente entre los Alumnos de una Facultad de Medicina	65
Dr. Humberto Chiang Miranda	
Diez años de O.E.M. - U.C. (1971 - 1981)	
Educación Médica Contemporánea	75
Dr. Amador Neghme R.	
La Percepción de los Conceptos como Meta del Proceso Enseñanza-Aprendizaje	93
Dr. Rafael C. Sánchez	



JURAMENTO

Juro por Dios Todopoderoso ejercer la ciencia médica con el más delicado respeto por los pacientes que estén a mi cuidado, sirviendo por igual al pobre que al rico, al amigo que al enemigo, al bueno que al malvado, sin permitir que el afán de ganancia o la ambición de la gloria humana me desvíen del noble deber de aliviar a los hombres.

Consciente de que la medicina está al servicio de la vida, jamás daré a ningún paciente una droga mortal, aunque me sea solicitada, y tampoco procuraré un aborto ni informaré acerca de los medios para provocarlo.

Recordaré siempre que lo que sé es poco, y por ello procuraré seguir los progresos de la ciencia y consultar el parecer de otros médicos cuando la limitación de mis conocimientos me lo aconseje. Pondré el amor a la verdad por encima de toda conveniencia personal.

Guardaré religioso silencio, conforme a las leyes de la moral, sobre lo que llegue a saber acerca de los pacientes en el ejercicio de mi profesión de médico.

Pronuncio este solemne juramento poniendo a Dios por testigo de mi voluntad y propósitos, y rogándole con humildad que me ayude a cumplirlo.

**NOTA:
ESTE JURAMENTO SE LEE, A CORO, EN VOZ ALTA JUNTO A LA AUTORIDAD
QUE PRESIDE LA CEREMONIA.**

Prólogo

Conforme al espíritu que anima a nuestra Revista, en el segundo número publicamos una serie importante de documentos elaborados por diferentes autores en los últimos cinco años, que reflejan aspectos esenciales del humanismo cristiano, aplicado a la profesión médica. Todos estos valiosos manuscritos, que estaban encarpados, no habrían llegado tan fácilmente a manos de ustedes sin la generosa colaboración del Arzobispado de Colonia (Alemania). En efecto, Monseñor Herbert Michel, Director de la Sección Misión Universal de la Iglesia, del Vicariato General de dicho Arzobispado, comprendió la trascendencia de este mensaje para nuestra comunidad médica y logró el financiamiento total de este número, por lo cual le expresamos nuestra profunda gratitud.

Considerando que nuestra Universidad es Pontificia y absolutamente solidaria con el Magisterio de la Iglesia, el primer artículo corresponde a Su Santidad Juan Pablo II. En su alocución a los médicos en Roma, en octubre de 1982, nuestro extraordinario Pontífice Máximo exaltó con elocuencia la labor médica como servicio a la vida del hombre. Este mensaje merece ser ampliamente difundido y meditado en profundidad en nuestro medio. El hermoso cuadro de Sir Luke Fildes, que aparece en la portada, sintetiza y grafica el hondo sentido humano de la acción médica, mensaje que captan las nuevas generaciones y proclaman a viva voz los egresados de nuestra Escuela en el momento de prestar su juramento. El texto de este juramento es el mensaje hipocrático transformado y enrique-

cido por el enfoque cristiano, en una loable síntesis lograda por Monseñor Jorge Medina.

Dentro de las numerosas actividades académicas, realizadas con motivo del cincuentenario de nuestra Facultad de Medicina en 1980, se destacan la conferencia "Medicina: ¿Vocación o Empleo?", del Prof. Dr. José Cañadell, notable humanista y traumatólogo español, y la conferencia "Investigación y Ética", con la cual el Prof. Dr. Juan de Dios Vial Correa, nuestro actual Rector, inauguró el III Congreso Científico de Estudiantes de Medicina de Chile. Además, ese año hubo un ciclo de charlas sobre "Aspectos éticos en acciones de salud", analizado desde diversos ángulos, con toda la autoridad moral, y la experiencia de los Profs. Dres. Armando Roa Rebolledo, Santiago Soto Obrador, Arturo Jarpa Gana y el Dr. Humberto Chiang Miranda.

En 1981 nuestra Oficina de Educación Médica celebró el 10º aniversario de su creación. En esa oportunidad escuchamos dos conferencias magistrales, una a cargo del Prof. Dr. Amador Neghme, indiscutible autoridad en Educación Médica, quien nos habló de "Educación Médica Contemporánea", y otra a cargo del Prof. Rafael Sánchez González, quien se refirió a "La percepción en el proceso enseñanza-aprendizaje", tema en el cual tiene reconocida experiencia.

Queridos amigos, al ponerme al día con esta Revista no puedo ocultar mi satisfacción, ya que con esto cumplo con el compromiso moral de difundir el mensaje de todos los docentes que han colaborado en este número. La voz de ellos es la semilla que, estoy seguro, caerá sobre la buena tierra, que son ustedes.

Espero que, con la ayuda de Dios, en las próximas ediciones aparezcan temas difundidos recientemente en nuestra comunidad académica, lo mismo que trabajos de carácter humanístico, filosófico, deontológico, histórico y relacionados con tecnología educativa, siguiendo el estilo de esta publicación. Invitamos a docentes y alumnos de esta Facultad de Medicina a contribuir a esta Revista con temas que reflejen con brillo las facetas más nobles del alma de nuestra Escuela.

DR. LORENZO CUBILLOS OSORIO
Editor Responsable

Santiago, 15 de agosto de 1985

Día de la Asunción al Cielo de la Santísima Virgen María

Servicio a la Vida del Hombre

Discurso de S.S. el Papa Juan Pablo II en la inauguración del XV Congreso Internacional de Médicos Católicos, al cual asistieron 2.500 profesionales de 61 países (Roma, 3 de octubre de 1982).

Me proporciona suma alegría saludaros hoy a los reunidos en esta asamblea importante que es a un tiempo el XV Congreso de la Federación Internacional de Asociaciones de Médicos Católicos (FIAMC) y el XVI Congreso Nacional de la Asociación de Médicos Católicos Italianos (AMCI); saludar a tantos y tan ilustres representantes de esa forma sublime de servicio al hombre que es la ciencia médica.

El gozo es aún más grande por la variedad singular y unión profunda a la vez que caracterizan a vuestra reunión; pues procedéis de todas las partes del mundo y actuáis en condiciones y situaciones políticas y sociales muy variadas, si bien estáis unidos por una misma fe cristiana que sostiene e impulsa vuestro servicio a la vida y al hombre.

A todos un saludo cordial y mi agradecimiento; y una mención especial para cuantos han organizado este Congreso con abnegación y entusiasmo.

Ningún lugar más ni mejor que Roma habría podido ofrecer y robustecer la visión universal del servicio a la vida, razón de toda norma del código de deontología médica. Roma, llamada "Ciudad Eterna" porque parece haber vivido siempre, está abierta al horizonte de la universalidad que hace de ella un punto de referencia obligado y entusiasmante de civilización.

Respetar los designios señalados por el Creador

El tema de vuestro Congreso recoge y sintetiza el problema que tanto me interesa de los derechos fundamentales del hombre. El derecho del hombre a la vida ha sido considerado siempre derecho primario y fundamental, y raíz y fuente de todo otro derecho.

La vida es, pues, uno de los valores más grandes, ya que deriva directamente de Dios, origen de toda vida

(cf. **Gén** 2, 7; **Ez** 37, 8-10). En cuanto ser viviente, creado a imagen del Creador (cf. **Gén** 1, 26), el hombre es inmortal por naturaleza (cf. **Gén** 2, 7; **Sab** 2, 23).

En las distintas partes del Congreso, relaciones, comunicaciones y puntos de debate, he visto acentuado con acierto el concepto de globalidad de la vida. Me complazco en ello porque pienso que este planteamiento es de importancia fundamental.

Porque si el servicio a la vida define la finalidad de la medicina, los límites de dicho servicio tendrán que fijarse a partir del concepto verdadero e integral de vida. Dicho de otro modo, el servicio a que estáis llamados debe incluir y trascender a la vez la corporeidad, precisamente porque ésta no engloba toda la vida.

La Biblia, al mismo tiempo que recuerda la fragilidad de la condición humana vulnerable como el heno (cf. **Is** 40,6 s.; **Sal** 102, 12), fugaz como la sombra (cf. **Job** 4, 2; 8, 9), insignificante como gota de agua (cf. **Srl** 19, 10), recalca la grandeza inmensa de la vida, a la que identifica con el bien; y atribuye al pecado no sólo la mancha de la culpa, sino la misma pena de las enfermedades y muerte física. A causa del pecado el hombre ha perdido la Inmortalidad para él y sus descendientes (cf. **Rom** 5, 12; **1 Cor** 15, 21).

Esta visión amplia del concepto de vida queda confirmada por el modo en que se presenta la redención realizada por Cristo, entendida como recuperación de la vida, nueva inserción de la vida, don de la vida en abundancia (cf. **Jn** 10, 10). La "gracia" en Cristo es vida, y recobrar la vida significa volverla a encuadrar en el designio salvífico de Dios, que es por definición "el Dios vivo" (**Dt** 5, 23; **Mt** 26, 63, etc.).

Con razón, pues, médicos ilustres reunidos aquí para estudiar los muchos problemas referentes a la salud, habéis puesto el acento en la defensa de la vida, pues en este valor supremo se hallan las razones últimas que justifican vuestra tarea en los varios campos de las especializaciones respectivas. A vosotros incumbe el deber de salvaguardar la vida y vigilar para que evolucione y se desarrolle a lo largo de la existencia, respetando el designio señalado por el Creador.

El aumento de conocimientos sobre los fenómenos que dominan la vida ha ensanchado mucho los confines de la ciencia médica, cuyo servicio se mueve en el cuadro de la medicina preventiva, curativa y rehabilitadora, con enormes esfuerzos por preparar, defender, corregir y recuperar las condiciones vitales, y acompañando al ser humano desde los primerísimos estadios de la existencia, hasta el ocaso inevitable.

Además, la medicina se coloca hoy más que nunca en el centro de la vida comunitaria en cuanto factor determinante en las orientaciones educativas, valoración de todo el hombre, organización de formas de vida asociada, recuperación de valores en peligro o perdidos, y en el ofrecer al hombre un motivo siempre nuevo de esperanza.

Orientaciones del Magisterio de la Iglesia

La Iglesia, desde sus orígenes, ha visto siempre en la medicina un importante apoyo de su misión redentora respecto del hombre. Desde las antiquísimas hospederías y primeros complejos sanitarios hasta hoy, el misterio del testimonio cristiano ha corrido parejo con el de la atención a los enfermos. Y, ¿cómo no subrayar el hecho de que la misma presencia de la Iglesia en tierras de misión

se distingue por el interés en atender los problemas de la salud? Y esto se verifica no en función suplente de instituciones públicas, sino porque el servicio al espíritu del hombre no puede realizarse plenamente si no es poniéndose al servicio de su unidad psicofísica. La Iglesia sabe bien que el mal físico aprisiona el espíritu al igual que el mal del espíritu esclaviza el cuerpo.

Por otra parte, no deja de tener significado el que Santos canonizados por la Iglesia, como Juan de Dios y Camilo de Lellis, por no citar muchos otros, han aportado innovaciones decisivas en el sector de la atención a los enfermos para hacerla más vigilante y compartida. Por lo demás, el estudio minucioso de las normas de la ascética cristiana llevaría a descubrir aportaciones no secundarias a la educación del hombre en el cuidado integral de la salud física y síquica de cada uno. ¿Acaso no fue un compañero vuestro, Alexis Carrel, quien sostuvo, por ejemplo, que la oración reconcilia al hombre con Dios y consigo mismo, y resulta medicina del espíritu con efectos que se pueden documentar sobre la salud integral de la persona? (A. Carrel, *La Prière*, Paris, 1935).

Considerando esto, los padres del Concilio Vaticano II afirmaban con emocionada ufanía en el llamamiento a los hombres del pensamiento y de la ciencia: "Vuestro camino es el nuestro. Vuestros senderos no son nunca extraños a los nuestros. Somos amigos de vuestra vocación de investigadores, aliados de vuestras fatigas, admiradores de vuestras conquistas y, cuando es necesario, consoladores de vuestros desalientos y fracasos. También, pues, para vosotros tenemos un mensaje, y es éste: Continúad buscando sin cansaros, sin desesperar jamás de la verdad..." (Concilio Vaticano II, Mensaje a los hombres del pensamiento y de la ciencia, 7 de diciembre, 1965).

Los derechos del enfermo

En la reciente Encíclica "Laborem exercens" yo mismo he rendido homenaje a la importancia de vuestra función y he insistido sobre el derecho primario de todo hombre a cuanto necesite para cuidar la salud y, en consecuencia, a una atención sanitaria adecuada (núm. 19). Me agrada aludir de nuevo a este tema para recordar el deber que obliga a la ciencia médica a perfeccionarse, a fin de mejorar las condiciones y ambiente en que se ejerce la actividad fundamental del hombre, que es el trabajo. Si queremos que el trabajo sea cada vez más personalizante, es preciso, en primer lugar, que se garantice su salubridad.

Vuestra tarea, ilustres señores, no puede limitarse meramente a la profesionalidad correcta, sino que ha de estar sostenida por esa actitud interior que se llama con acierto "espíritu de servicio". Pues el enfermo, a quien dedicáis vuestros cuidados y estudios, no es un individuo anónimo al que aplicar el fruto de vuestros conocimientos, sino una persona responsable; y se le debe llamar a tomar parte en la mejora de su salud y en la obtención de la curación; se le debe situar en condiciones de poder elegir personalmente y no de tener que aceptar decisiones y opciones de otros.

La llamada a "humanizar" la obra del médico y los lugares en que se ejerce tiene este significado. Esta humanización quiere decir proclamación de la dignidad de la persona humana y respeto de su corporeidad, espíritu y cultura. A vosotros compete tratar de descubrir con mayor penetración los mecanismos biológicos que regulan la vida, a fin de llegar a intervenir en ellos con el poder sobre las cosas que el Señor ha querido dar al hombre. Pero al hacer esto, también es tarea vuestra manteneros constantemente en la perspectiva de la persona humana y

de las exigencias que resultan de su dignidad. Concretamente, ninguno de vosotros puede limitarse a ser médico de un órgano o aparato, sino que ha de hacerse cargo de toda la persona y también de las relaciones interpersonales que contribuyen a su bienestar.

A este propósito, la presencia de hombres de ciencia, clínicos, médicos y agentes sanitarios procedentes de todas las partes del mundo me induce a recordar un problema grave y urgente, el de ocuparse de salvaguardar, defender y promover la vida humana a través del filtro de las varias culturas. El hombre, en cuanto a imagen de Dios, es reflejo de los rostros infinitos que asume el Creador en sus criaturas; rostros marcados por el ambiente, condiciones sociales y tradiciones; en una palabra, por la cultura. Es esencial que el brillo de este reflejo no sea obnubilado en los distintos contextos culturales ni sean mancillados los rasgos de esta imagen. Es deber de todo ciudadano, y en particular de cuantos como vosotros tienen responsabilidades sociales directas, procurar que se descubran y afronten eficazmente las posibles formas de intervención sobre el hombre que contrasten con su dignidad de criatura de Dios.

Para hacerlo, no basta la acción individual. Se requiere una obra de conjunto inteligente, programada, constante y generosa, y esto no sólo dentro de cada país, sino a escala internacional. Pues la coordinación a nivel mundial podría consentir un anuncio mejor y una defensa más eficaz de vuestra fe, cultura y compromiso cristiano en la **investigación científica** y la **profesión**.

Que los recursos empleados en tecnología de muerte pasen a sustentar y desarrollar tecnologías de vida

Hay un mensaje que percibo en vuestro Congreso y que debe ser cada vez más explícito en vuestra actuación individual y asociada. Es el llamamiento a la comunidad social y a sus responsables para que los desmedidos recursos empleados en tecnologías de muerte pasen a sustentar y desarrollar tecnologías de vida.

Por un misterio que hunde las raíces en la complejidad y fragilidad del corazón humano, la opción del bien y del mal con frecuencia se vale de idénticos instrumentos. Tecnologías susceptibles de ser enderezadas al bien son capaces de causar un mal inmenso según el contexto; y árbitro de su aplicación y uso es el hombre.

Además, existen numerosos proyectos en el campo de la investigación científica que esperan desde hace tiempo mayor ayuda para ser puestos en práctica y, en cambio, están arrinconados por falta de fondos. Laboratorios de los que se aguarda una palabra de esperanza para combatir enfermedades muy difundidas en nuestro tiempo, parecen languidecer, no precisamente por falta de hombres preparados, sino porque se desvían los fondos necesarios hacia pistas de destrucción, guerra y muerte.

Y no se plantea de modo diferente el problema respecto de otros varios fenómenos muy graves de nuestro tiempo. Permitidme que mencione en particular el problema de la desnutrición y subdesarrollo. En la geografía de la existencia aparecen hoy vastas zonas y poblaciones enteras que padecen indigencia y hambre. Mientras pueblos ricos están afectados de enfermedades metabólicas debidas a hiperalimentación, el hambre cosecha víctimas, especialmente entre los más débiles, niños y ancianos.

No es admisible guardar silencio o permanecer pasivos ante este drama, especialmente cuando se ve una posible solución en el empleo más sensato de los recursos disponibles. Unase vuestra voz a la de las personas de buena voluntad para reclamar, a los responsables de la cosa pública, voluntad decidida de colocar en lugar preferente la solución rápida y concreta de este problema tremendo y dramático.

Vuestro Congreso es de médicos católicos. Este nombre de "católicos" os obliga a testimoniar con la palabra y el ejemplo la fe en una vida que trasciende la existencia terrena y se sitúa en un designio superior y divino.

Mirar a Cristo, médico de las almas y de los cuerpos

Ello reviste importancia no secundaria en el ejercicio de vuestra profesión. Pues la experiencia enseña que el hombre necesitado de cuidados preventivos o terapéuticos manifiesta exigencias que sobrepasan la patología orgánica en acto. No espera del médico sólo un tratamiento adecuado —tratamiento que, además, tarde o temprano terminará fatalmente por resultar insuficiente—, sino la ayuda humana de un hermano que le haga compartir una visión de la vida en la que cobre sentido también el misterio del sufrimiento y de la muerte. Y, ¿dónde podría encontrarse esta respuesta pacificadora a los interrogantes supremos de la existencia, si no es en la fe?

Desde este punto de vista, vuestra presencia al lado del enfermo se vincula a la de cuantos están implicados en la pastoral de los enfermos, sean sacerdotes, religiosos o seglares. No pocos aspectos de esta pastoral coinciden con los problemas y tareas del servicio a la vida realizado por la medicina. Hay una interacción obligada entre ejercicio de la profesión médica y acción pastoral, puesto que el único objeto de ambas es el hombre considerado en su dignidad de hijo de Dios y hermano necesitado, como nosotros, de ayuda y consuelo. Son diferentes los campos de esta obligada interacción; entre ellos me urge atraeros la atención hacia el campo de la familia, probada muchas veces —hoy sobre todo—, por malestares profundos y llamada a enfrentarse con el difícil problema de la paternidad responsable vivida dentro del respeto de las leyes divinas que regulan la transmisión de la vida y también de las que favorecen el amor conyugal auténtico.

Deseando, pues, que entre cuantos actúan en el campo de la sanidad aumente la disponibilidad sincera a la confrontación, diálogo y colaboración constructiva, a todos propongo por modelo supremo a Cristo, que fue médico del espíritu y con frecuencia del cuerpo de cuantos encontró por los caminos de su peregrinación terrena; sobre todo del Cristo que aceptó beber hasta el fondo el cáliz del sufrimiento. Al asumir la condición humana y experimentar el dolor hasta la muerte, y muerte de cruz sin culpa alguna, Cristo se hizo imagen de enfermedad y curación a un tiempo, de derrota y salvación, para que en Él tuvieran esperanza fundada todos los que habían de afrontar el sufrimiento en la tierra a lo largo de los tiempos.

Por lo tanto, cultivadores del arte médico, esté ante los ojos de vuestro espíritu Cristo en el misterio de su pasión y resurrección. Os ilumine constantemente sobre la dignidad de vuestra profesión y os sugiera en toda circunstancia las actitudes y acciones que indica y exige la coherencia lineal de la fe. Los hombres de hoy no piden sólo afirmaciones de principios, sino prestación de signos y testimonios creíbles.

La Virgen, Señora de la sabiduría, invocada en todos los sitios como salud de los enfermos, gué vuestro camino y os conceda conferir a vuestro servicio a la vida las dotes de bondad, comprensión, disponibilidad y entrega que tuvieron en Ella la plasmación más alta.

Con estos sentimientos imparto de corazón a vosotros y a cuantos aquí representáis, mi bendición apostólica propiciadora de los favores celestiales que deseáis.

Medicina: ¿Vocación o Empleo?

DR. JOSE CAÑADELL (España)

Los apremios usuales en el ejercicio de nuestra profesión impiden, con frecuencia, detenerse a analizar las posibles causas de problemas que nos afectan muy de cerca; en fin de cuentas, lo importante cede el paso a lo urgente, pese a nuestra convicción en contrario; y el agobio de los problemas no afrontados crece al tiempo que la nostalgia de épocas pasadas, en las que —según creemos recordar— había en nuestra vida espacio para la reflexión pausada.

Por eso, es siempre grato recibir invitaciones como la que ahora me ha traído a Chile (país maravilloso, por múltiples razones); pues el apartamiento ocasional de los quehaceres habituales y el estímulo de intercambiar ideas con tan selecta concurrencia, constituyen una oportunidad magnífica de abordar temas indebida, aunque inevitablemente marginados. Vaya, pues, por delante el testimonio de mi gratitud.

Diré, en pocas palabras, cuál es el tema objeto de las reflexiones que voy a permitirme hacer ante vosotros. **¿Qué sentido tiene plantear la Medicina como "empleo"? ¿Es planteable así, sin pérdida de sus elementos constitutivos esenciales? ¿La Medicina como "empleo" es, quizás, simplemente "otra" forma de ejercicio de la profesión, que coexiste con la "vocacional"? ¿Existe, de veras, un dilema entre "vocación" y "empleo", en Medicina?**

El problema no es imaginario. En mi país, al menos, goza de aceptación creciente —entre las nuevas generaciones médicas— un planteamiento de la profesión, que se presenta como exigido por la peculiar naturaleza de este tiempo nuestro, y que postula que el ejercicio de la Medicina —al igual que el de tantas otras profesiones— se ajuste a un marco de referencia temporal estricto y se limite a unas exigencias tasadas *a priori*. A partir de este enfoque se suceden las reivin-

dicaciones: jornada de ocho horas, remuneración especial de servicios prestados fuera de ellas, e incluso recurso a la huelga como instrumento para la mejora del **status** "laboral".

Todo ello contrasta, de modo palmario, con la versión tradicional de la Medicina como vocación, tantas veces comparada al sacerdocio por diversas razones: tener como objeto al ser humano precisado de ayuda, bloqueado por limitaciones sobrevenidas o por el lastre de carencias innatas, inmerso en el dolor, presa de la tristeza . . . , o por el modo de ejercicio volcado siempre, absolutamente desinteresado en tantas ocasiones, sin puertas cerradas a la necesidad o el accidente intempestivo, con renuncia previa a la libre disposición del tiempo supuestamente libre y al descanso.

Y es precisamente ese contraste el modo de actuar que ha servido de pauta hasta el momento a quienes —como vosotros y yo— sentíamos la Medicina como "vocación", y el que se presenta en nuestros días como versión "actual" de ella, lo que suscita las preguntas que expuse en el pórtico de estas reflexiones. Pues **errare humanum est** (el error es un riesgo real para cualquier hombre); y si llegáramos a la conclusión de que nuestro enfoque de la Medicina ha perdido la validez que siempre tuvo, sería obligado abandonarlo y acometer —por penosa que fuera— la tarea de readaptación a los modos del enfoque nuevo.

Comencemos por recordar qué significa "vocación" profesional.

MANJON la definía como **la aptitud o inclinación que Dios da a cada uno para el fin que ha de desempeñar en el mundo**, y pienso que la definición coincide sustancialmente con la mayor parte de las que la erudición pudiera aquí aportar.

Personalmente nada tengo que objetar a ella. Especialmente en lo que hace referencia a la aptitud. Sin embargo me parece interesante subrayar que —con frecuencia— se atribuye excesiva importancia a esa "inclinación": se piensa en ella —por ejemplo— como algo perfectamente definido, aunque quizás oculto por la niebla del desconocimiento, y se teme que la vida degenere en fracaso si la inclinación no se desvela; o si las circunstancias hacen que la inclinación decaiga (lo que puede ocurrir, y de hecho ocurre algunas veces, ante determinadas situaciones de la profesión) se tiende a pensar que ese decaimiento exime del cumplimiento de las obligaciones que son sentidas como "carga" por ser contrarias a la "inclinación".

Tales reacciones son manifestaciones obvias de una interpretación errónea de la "vocación" como tendencia. A mi modo de ver, tenía razón Eugenio d'Ors cuando escribía en su **Nuevo Glosario** lo siguiente: "La **superstición** de la vocación se debilita por fuerza apenas se ve y que en muchos hombres hay por lo menos dos: una, consciente y dominante; otra, subterránea y objetadora". Y es que, en efecto, la vocación puede adquirir, y adquiere a veces, connotaciones de superstición, que impiden hasta la apreciación de lo evidente.

Y es evidente, en primer lugar, que son raros los casos de "tendencia" única, excluyente de todas las demás. No es ni mucho menos caso aislado el del célebre **Trueta**: solía decir que su vocación verdadera era la pintura, y que se truncó por secundar la ilusión de su padre por la Medicina.

Evidente es, también, que la "tendencia" se consolida y reafirma cuando se pone amor. Porque, si bien es cierto que el afecto sigue al conocimiento (**nihil volitum nisi pre cognitum**, dice la Filosofía clásica), la vida enseña que todo llega a conocerse en la medida en que se pone el corazón en ello, como si el aforismo se invirtiera: **nihil cognitum nisi volitum** . . .

Y es evidente, en fin, que el buen hacer profesional se facilita al disociar conceptualmente los términos "tendencia natural" y "vocación". Porque, radicalmente, la "vocación" se identifica con los designios precisos de Dios para cada uno; y Dios, Creador nuestro, **vocat nos** por vías muy diversas, no siempre acordes con las "tendencias naturales" aunque sí con los dictados de Su Sabiduría y de Su Amor, y —en consecuencia— con lo objetivamente exigido para la perfección integral del ser humano. ¿A quién se le ocurriría, por ejemplo, poner en duda que "actúa bien" —o, lo que es igual, que responde a su "vocación integral"— quien pospone, o incluso, sacrifica su real o supuesta "vocación tendencia" al ejercicio intensivo de una profesión, en beneficio de obligaciones prioritarias no profesionales?

En las preguntas formuladas al principio se contraponían los términos "vocación" y "empleo". Permítanme detener un momento su atención en el segundo de ellos.

"Empleo" es tanto como "ocupación u oficio", según afirma la Real Academia de la Lengua; y, naturalmente, no seré yo quien pretenda contradecir a tan excelsa Institución. En consecuencia, tampoco puedo cargar de connotaciones negativas el término en cuestión. Cualquier "empleo", cualquier "ocupación u oficio" digno, merece el máximo respeto. Más aún: como ha escrito uno de mis colegas de la Universidad de Navarra, el profesor Gómez Antón, quizás el más profundamente enamorado de Chile de todos mis amigos, "cuando se pierde el respeto a la dignidad del hombre y del trabajo —cualquiera que éste sea— se generan tensiones que desembocan inevitablemente en enfrentamientos y violencias por la conquista del dinero y del poder con que se logra **de hecho** aquel respeto; y quienes los conquistan, los ponen al servicio de su propia ambición; con lo que la situación injusta se subvierte, pero para ceder el paso a otra igualmente y sólo diferente de la primera en que es distinto el opresor".

No cabe duda: **cualquier empleo digno es "digno"** —valga la redundancia— **del más alto aprecio**. Y ninguno de ellos debe deteriorarse a golpes de rutina o menosprecio, aunque desgraciadamente ocurra con frecuencia. Decía bellamente Eugenio d'Ors: "**Hay una manera de trabajar que revela que en la actividad se ha puesto amor, cuidado de perfección y armonía, y una pequeña chispa de fuego personal. (Y hay quien) ejerce la profesión, pero cumple únicamente por la ganancia; ha dejado que su espíritu se vaya lejos de la labor que le ocupa, en lugar de llevar el espíritu a ella**". Siempre ha sido así: seguramente entre los canteros que edificaron las catedrales medievales hubo muchos movidos solamente por la necesidad de subsistir, junto a otros a quienes alentaba el noble afán de alimentar a su familia, y a algunos que —además— se percataban de que estaban construyendo nada menos que una catedral.

Pues bien: la valoración del modo a que se ajusta el ejercicio de un determinado empleo es imposible si no se parte del análisis de las **regulae artis**, de las exigencias que, objetivamente, comportan su ejercicio. Y no cabe duda de que hay empleos, ocupaciones, oficios, que pueden encuadrarse en marcos temporales estrictos y limitarse a exigencias tasadas **a priori**. Exactamente como se pretende que ocurra con la Medicina. Si la pretensión fuera fundada, nuestra profesión así ejercida no tendría por qué ser valorada negativamente.

Pero debemos preguntarnos: ¿Se funda en bases sólidas aquella pretensión? Dicho de otra manera: ¿Es compatible esa forma de ejercer la Medicina con las **regulae artis**, con las exigencias objetivas que comporta?

Ese colega mío, a quien me refería hace un momento, de cuyo saber mucho me valgo, acostumbra a explicar a sus alumnos lo siguiente: **"Un vaso de cristal se rompe si se le golpea, porque es de cristal; con independencia de que quien lo golpea sepa o no que es de cristal, lo acepte o no lo acepte, le guste o no le guste que lo sea. La naturaleza objetiva comporta exigencias, objetivas también, que han de ser respetadas para que la naturaleza se conserve y perfeccione"**. Estoy de acuerdo con su planteamiento. Por eso pienso que importa mucho para el proceso de esta reflexión el que nos detengamos a analizar sumariamente la naturaleza objetiva de los quehaceres médicos y las exigencias que comporta.

Sin pretensiones de definición académica, y en una aproximación simplemente descriptiva, cabe afirmar que el fin de la Medicina es evitar y curar las enfermedades humanas; y, cuando sanar al paciente es imposible, aliviar su dolor y consolarle.

Primer dato a retener: la actividad médica tiene como objeto **seres humanos**. Si pues se les tratara como ovejas —por ejemplo— quebraría, inevitablemente, uno de los elementos constitutivos esenciales de la Medicina.

Segundo dato: la medicina es un arte, pero... La actuación médica no es simplemente "arte".

Me explico. La obra de un artista se valora por su perfección objetiva; el cuadro, la escultura, la pintura o el poema que un artista realiza, pueden ser magníficos, con absoluta independencia de las cualidades personales o del comportamiento ético del artista mismo. En el caso del médico, cuya obra es acción sobre seres humanos, la valoración no puede limitarse a la calidad técnica (es decir, a la **tecné**, al "arte") de lo realizado. Porque la consideración del médico, como simple "artista", termina siendo un atentado contra su dignidad. Lo aclararé con un ejemplo.

Una de las razones que suelen esgrimirse en favor de la legalización del aborto es la siguiente: si no es legal, lo realizan —en la clandestinidad— embaucadores sin "arte", sin dominio de la técnica, lo que conlleva riesgos evidentes para la embarazada; es así que el cirujano posee "arte" y podría, por tanto, practicarlo bien, sin riesgos, si el aborto se legalizara; luego debe ser legalizado. Eso es tanto como pretender la instrumentalización del médico en función de su saber "artístico", por una sociedad que se cree facultada para exigir que lo ponga a su servicio del modo que la propia sociedad estime conveniente, ignorando la dignidad humana de los miembros de la clase médica. El que se incluya en la legislación la cláusula de conciencia no aminora el insulto (a la profesión entera) que subyace en este planteamiento: "en reconocimiento de vuestro dominio del "arte médico" se os faculta para asesinar legalmente y se os retribuirá por ello, con tal de que respetéis las condiciones (temporales, circunstanciales y procedimentales) que establezca la ley". ¡Qué iniquidad! ¿O es que una ley, cuyo fin teórico es "el bien común", puede considerar que es "bien" la supresión de una vida? ¿Y es posible que la sociedad olvide, como lo hace al plantear así las cosas, que la misión del médico es, precisamente, luchar por la vida? La Medicina es un **arte** también, porque también lo es el delicado juego de la relación médico-enfermo en que se funda en gran parte su eficacia. En consecuencia, no es "industrializable"; el "tratamiento en cadena", homogeneizador y frío, es inviable en buena ley; se impone el tratamiento "artesanal" de cada caso, y aun así con un matiz específico.

Tercer dato importante: La Medicina es **Ciencia**. Avanza por el creciente conocimiento de las causas de la enfermedad, porque éste permite afinar los diagnósticos y mejorar las medidas terapéuticas. Por lo tanto, la "inspiración" no basta; ni el afecto al enfermo.

Veamos ahora, con algún detenimiento, las consecuencias apuntadas.

La Medicina es Ciencia. Y la ciencia del médico es instrumento indispensable para la actividad que ejerce. El insobornable afán científico del médico es, pues, una exigencia objetiva primordial. Si no la satisface, si se anquilosa en sus saberes, no hace Medicina. Este es un hecho que no implica "condenaciones" ni "juicios de valor" de quienes —por la razón que fuere— incurrieran en él. Quizás la consecuencia que cabría deducir de lo que afirmo es que el ejercicio de la Medicina exige un esfuerzo permanente —aunque en ocasiones sea casi heroico— para la actualización y profundización de los conocimientos.

Ya Balmes apuntaba, en su **Criterio**, que el agricultor que más sabe los problemas de la agricultura es mejor que quien sabe simplemente arar, aunque are bien. Al médico le ocurre algo similar; por eso no debe limitarse a "hacer bien" lo que hace (diagnosticar, recetar, operar...), sino que ha de esforzarse por poseer sólidamente los "saberes científicos" en que su acción se fundamenta. Y este equilibrio entre el trabajo práctico y la inquietud científica, que conviene sea preocupación constante de todo médico, resulta especialmente necesario para quienes trabajan en centros hospitalarios, sobre todo si se trata de hospitales universitarios; porque a unos y otros compete transmitir sus saberes a colaboradores menos formados o a futuros médicos, y es evidente que nadie puede dar lo que no tiene.

Cierto es que puede "cubrirse el expediente" —como se dice en mi país— tomando cuatro notas de las pautas de tratamiento más en uso, o de los esquemas de las técnicas quirúrgicas de aplicación inmediata. Pero, repito, cuando el médico sólo se preocupa de la técnica de curar y no pone empeño en la búsqueda de las verdades biológicas y se ilusiona por transmitir las a otros, si esa es su misión, minimiza indebidamente su quehacer hasta desvirtuarlo. Por principio, ser médico comporta el deber de consumir horas, muchas horas a veces, entre libros.

Lo subrayaba con fuerza Marañón al decir: "Es necesario que el médico no sea un simple curandero, sino **que su arte se funde en sólidas bases científicas**; y que, también, cada enfermo sea para él, además de un problema de directo e inmediato humanitarismo —la necesidad de curarle, o aliviarle y consolarle—, un problema fisiopatológico, un experimento que la naturaleza nos propone ya planteado y que debemos estudiar y, a ser posible, replantear para extraer de él toda su sustancia científica. El médico, en suma, ha de acercarse al enfermo con el espíritu sacerdotal, pero a la vez con el espíritu del naturalista. Esta afirmación alcanza a todo práctico, hasta el que ejerce en la aldea más alejada y humilde".

Una observación complementaria, antes de pasar a otros asuntos. El "anticientifismo" alega, algunas veces, que la tecnología moderna distancia al médico del paciente y, en cierto modo, anula la personalidad de ambos. No es cierto, si se utiliza adecuadamente: ante todo, porque —como dice Herranz— el instrumento bien usado es siempre producto del ingenio y del esfuerzo; y además porque la experiencia demuestra que el recurso a la tecnología es, muchas veces, la manifestación más inteligente y afectuosa del contacto personal entre médico y paciente.

Quiero volver sobre la consideración de que **la Medicina tiene como objeto seres humanos**. Y este es un hecho que jamás puede olvidarse sin que la

Medicina pierda caracteres sustanciales. No puede olvidarse, ni siquiera cuando el médico percibe que el paciente le contempla como a un simple "técnico de mantenimiento" de esa compleja maquinaria que es el organismo humano y no espera ni exige más de él. Jamás el médico puede hacer el juego a este planteamiento y mirar al enfermo como un simple mecanismo biológico averiado.

¿Por qué no? Pura y simplemente, porque no lo es. El hombre es algo tan valioso, que resulta de todo punto incompatible con su dignidad el olvidarlo al atenderle. Naturalmente, esta afirmación comporta una determinada concepción antropológica, de acuerdo con la cual el ser humano es criatura de Dios con un destino trascendente; porque de lo contrario —es decir, si yo creyera que el hombre es sólo una máquina biológica inmanente— carecería de fuerza moral para apuntar exigencias como las que apunto. No ignoro que cualquier materialista podría argüir que parto de un "prejuicio", y que esta concepción del hombre no es universalmente compartida. Es verdad. Pero el hombre —igual que el vaso de cristal a que antes ya me he referido— es "lo que es", y no "lo que cada uno piense que es"; y si se acierta a conocerlo, las exigencias objetivas deducibles del concepto contribuirán, si se respetan, a la perfección del hombre mismo; si, por el contrario, no se acierta en esa exploración antropológica, destruiremos al hombre inevitablemente, por excelente que sea nuestra voluntad. Este desafío de la Naturaleza a la humanidad pensante es de importancia radical. Y en temas de tamaña envergadura sería gravemente irresponsable adoptar posturas que repercutieran desfavorablemente en el trato del enfermo, invocando como coartada que "el asunto es discutible y discutido". Porque, a la pregunta "¿y si el hombre no es más que un trozo de materia, con el que no hay por qué andar con especiales miramientos?", cabe repreguntar, al menos: "¿Y si lo es?". La respuesta es sencilla: "Si lo es y lo hemos ignorado en la práctica, no hemos hecho Medicina sino otra cosa que quizá tiene en cierto modo su apariencia", y quizá valdría la pena darle otro nombre para no confundirnos como Unamuno con sus niveles.

Hoy se habla mucho de control de calidad. Pero sería lamentable que los baremos de dicha calidad se limitaran a los aspectos técnicos y marginaran los indisolubles de la condición "humana" del paciente. No, no es en el desarrollo técnico donde radica el peligro de deshumanización de nuestra profesión, sino en la pérdida, por parte del médico, del sentido trascendente. Paradójicamente, el antropocentrismo inmanentista se ha traducido en deterioro de la condición del hombre en el contexto de la sociedad.

¿Recordáis la anécdota que cuenta Robert Cole, de una mujer negra del delta del Mississippi? "El médico de nuestro pueblo —le refería esa mujer— anda siempre tratando de cualquier modo a mi gente; nunca nos trató bien. No tiene con nosotros las atenciones que tiene con los blancos. Cuanto más dinero tienen éstos, tanto más ancha es la sonrisa que les dirige. Pero con nosotros es diferente; Nos mira despectivamente. Un día que fue a visitarme, me hizo un gesto para que pasara a la consulta y me gritó que me moviera. Siguió refunfuñando mientras me exploraba. Entonces le dije que desmerecía de su profesión eso de ir por ahí tratando mal a la gente pobre. Le dije que yo esperaba mucho más de él: ¿No era, acaso, un médico? Si él, por ser médico, estaba por encima de los demás, debería recordar cómo se portaba Nuestro Señor. El Señor curaba a los enfermos, se preocupaba de los lisiados, los cojos y los ciegos. Le dije a nuestro médico que debería leer más la Biblia y mirar bien dentro de sí mismo, y ver si llevaba la vida que debería llevar un médico".

Tenía razón la pobre mujer; porque la flaqueza moral, la falta de bondad, que reprochaba al médico, tenía que ver con el abandono de principios básicos, y acarrea —siempre ocurre así— el fracaso en la capacidad de consejo e influencia del médico.

Tal actitud, por muchos conceptos lamentable, contrasta con la de Paré. Llamado por el Rey para asistirle, el Rey le dijo: "Supongo que me tratarás mejor que a tus enfermos pobres". Y Paré respondió: "Imposible, señor; porque a mis enfermos pobres los trato como si fueran reyes".

Perfectamente lógico. Una actitud así brota espontáneamente cuando se tiene idea clara de lo que el hombre es, y determinación de congruencia entre las ideas y los hechos. Y esa misma actitud es otro de los elementos constitutivos esenciales de la Medicina; si desaparece, ésta deja de serlo indefectiblemente.

La Medicina, en fin, reposa sobre el delicado **arte** de las relaciones entre enfermo y médico. Todos lo conocéis y practicáis; de manera que voy a limitarme a señalar algunos de los puntos sobre los que —a mi modo de ver— se fundamentan tales relaciones. Son tres: **Delicadeza en el trato, Fortaleza y Comprensión.**

Delicadeza es tanto como finura, atención y exquisito miramiento en las palabras y en las obras, ternura, suavidad. Se manifiesta de mil modos: Al preguntar para establecer la historia clínica; al explorar al paciente, respetando su pudor e intimidad; al comunicar el diagnóstico, en el momento y del modo más oportuno; al atender la dolencia, teniendo en cuenta sus circunstancias personales y familiares; al escuchar al enfermo, prestando atención —en ocasiones— a asuntos no estrictamente médicos, sino familiares, personales, laborales, etc. Nada de esto es un **plus** impropio; se trata de exigencias estrictas de lo que objetivamente significa "hacer Medicina".

Fortaleza, porque el médico debe ser capaz de exigir a sus pacientes que cooperen con el tratamiento, aunque les cueste; y hay que reconocer que son costosas muchas de nuestras prescripciones...

Y **Comprensión**, porque es indisociable de la fortaleza. Comprender es entender, penetrar en el ánimo del otro, ponerse en su lugar, sentir con él (lo que, en definitiva, equivale a dolerse con él, compadecerse, **cum pati**). Y eso lleva a atender a cada enfermo de modo diferente, porque diferentes son unos de otros. Las generalizaciones de manual sirven escasamente, si el médico es incapaz de colmar con su disposición afectiva la brecha que en principio le separa de la intimidad profunda del paciente. Por eso la sonrisa sincera, la palabra amable, el comentario animoso, son inseparables de la profesión médica.

Permitidme que respalde estas afirmaciones recurriendo a Séneca, quien —sin duda alguna— los merecerá más crédito que yo. Decía en **De beneficiis**: Quiero recordar aquí, glosando estas palabras de Séneca, que: "Alguien dijo que profesor es aquel que sabe y enseña. Maestro, el que sabe, enseña y ama. Y respecto al médico, recordar que Marañón —cuyo talante liberal bien conocéis— igualmente argumentó que el quehacer nuestro se diferencia del quehacer de otros profesionales tan dignos como el arquitecto o el ingeniero, como en nuestra lengua diferenciamos el amar del querer; ¡el querer es dar a cambio **de**, y el amar es darse!; como se da el maestro, como se da el artista, como se da el militar, ¿cuál es la retribución que corresponde a quien ofrece la vida por la patria? Algo de esto tiene, como decía Marañón, la vida del buen médico.

"¿Por qué al médico y al maestro les debo algo más, por qué no cumplo con ellos dándoles lo que me cobran? Porque el médico, el maestro, se convierten en amigos míos: No me obligan por el oficio que venden, sino por su benigna y

familiar buena voluntad. A un médico que no fuera más allá de tocarme la mano y de ponerme entre los que visita con prisa, prescribiéndome sin afecto lo que debo hacer y lo que debo evitar, no le debo nada más, porque no ve en mí al amigo sino al cliente.

¿Por qué debo mucho al buen médico? No porque lo que me vende valga más de lo que le pago, sino porque ha hecho algo verdaderamente por mí, no por mi dinero: temió por mí, no por el prestigio de su arte; no se contentó con recetarme unos remedios, sino que vino a aplicármelos; se sentó entre los míos en los momentos de más peligro; ningún quehacer se le hizo pesado, ninguno enojoso; sufría al verme sufrir y le conmovían mis gemidos; en los días malos dejó de preocuparse por otros para cuidarme a mí y los atendió en cuanto yo empecé a mejorar. Para con ése estoy obligado, no tanto porque es médico, sino porque es un amigo verdadero".

Acabo ya.

He pretendido demostrar que un elemental análisis de la naturaleza objetiva de la Medicina permite deducir conclusiones, en el plano de las exigencias **objetivas** también, sin cuya observancia la Medicina pierde su sustancia y deja de ser tal. Y esas exigencias son tan altas, que tornan prácticamente inasequible el recto ejercicio de la profesión a quienes no se determinen a ser congruentes con los dictados de su vocación profesional y a poner en juego cuanto sea preciso para tener presente la visión transcendental del hombre; y a poner en el trabajo, amor y abnegación.

Me complacería enormemente haber dejado clara esta convicción personal fundamental: Nuestra profesión se agosta, se marchita, inevitablemente si se intenta encuadrarla en un marco temporal estricto, y limitarla a exigencias tasadas **a priori**. Porque, en fin de cuentas, no hay fronteras lo bastante amplias para contener el **amor**, sin asfixiarlo.

NOTA BIOGRAFICA

Profesor Dr. José Cañadell Carafi. Nació en Barcelona en 1923. Estudió con distinguidos Maestros de la Medicina Catalana y recibió el grado de Doctor en 1966. Se especializó en Cirugía Ortopédica y Traumatología en la Cátedra del Profesor Plulachs y luego en el correspondiente Servicio del Hospital del Sagrado Corazón de Barcelona. Hizo una brillante carrera en el Hospital de la Cruz Roja de la misma ciudad y llegó a ocupar el cargo de Director Adjunto. En 1967, en reconocimiento a sus méritos, fue distinguido con la Medalla de Oro de la Cruz Roja de Barcelona. En 1968 se incorporó a la prestigiosa Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra, Pamplona, de la cual es Vicedecano. Además es Director de la Clínica Universitaria, Profesor de Cirugía Ortopédica y Traumatología y Director del Departamento correspondiente.

El Dr. Cañadell ha sido Presidente de las Sociedades Catalana y Española de Ortopedia y Traumatología. Es miembro honorario o corresponsal de diez Sociedades nacionales y extranjeras de su especialidad, incluyendo la chilena. Su investigación científica se ha dirigido especialmente al estudio de cartílago de crecimiento, escoliosis experimental, osteogénesis reparadora, lesiones nerviosas periféricas y microcirugía. Fruto de esta investigación ha sido la elaboración de dieciséis tesis doctorales y la obtención de varios premios concedidos a miembros del Departamento, incluso por la Sociedad Internacional de Cirugía Ortopédica y Traumatológica. Sus publicaciones, tanto en revistas nacionales como extranjeras, pasan del centenar.

El Dr. José Cañadell es, además, un humanista de sólida formación. Nos honró con su visita en 1980, con motivo de celebrarse el cincuentenario de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile. En esa oportunidad dictó dos importantes conferencias: "Medicina ¿Vocación o Empleo?" y "Ética y Cirugía", esta última publicada en Cuadernos Chilenos de Cirugía, 24:106-115, 1980.

Investigación y Ética

Dr. JUAN DE DIOS VIAL CORREA

Les agradezco muy cordialmente a los organizadores de este Congreso la distinción que me hacen al invitarme a hablar, en su sesión inaugural, sobre el tema de Investigación y Ética. Debo confesarles, sin embargo, que tuve un poco de temor cuando se me hizo la invitación. El tema está tan alejado de mi campo de competencia propio, que me siento obligado a explicarles cómo es que un especialista, en una rama restringida de la ciencia, se atreve a hablar sobre un tema tan vasto y general.

Yo quisiera decirles que lo hago precisamente en mi condición de especialista y fiel a la manera cómo yo la entiendo.

Circula por ahí la noción de que el hombre que se especializa se limita y enajena su espíritu, ya que éste podría moverse a sus anchas sólo en el terreno de los conceptos generales, alejado de las minucias extenuantes de una investigación sistemática. Quienes piensan así, ven probablemente el mundo como un gran panorama, desplegado ante los ojos que lo quisieran mirar, y ven a la especialización como unas anteojeras que estrechan el amplio campo de la vista. Yo miro las cosas de un modo diferente. Creo que ese espléndido panorama existe, pero que entre él y nosotros se levanta la espesa muralla de la ignorancia. La especialización es como la pequeña ventana que nos es dado horadar en ese muro. A través de ella llegamos, finalmente, a ver el panorama, lo vemos de verdad. Pero lo vemos desde un punto de vista, desde un ángulo que es el nuestro, el de la pequeña ventana que conseguimos abrir. Y si no queremos darnos el trabajo de abrir ese agujero, lo único que conseguiremos será imaginarnos que estamos viendo el paisaje, cuando en realidad no estaremos mirando sino sombras en el muro. Es por eso que no tengo reparos en ha-

Notas corregidas de una Conferencia pronunciada el 31.07.1980 en la inauguración del III Congreso Científico de Estudiantes de Medicina de Chile.

blarles hoy día de un mundo de ideas generales y de su relación a nuestra existencia humana tal y como me ha sido dado entreverlo por el estrecho agujero que me ha tocado cavar.

El hecho de escoger el tema de Investigación y Ética como asunto para una conferencia inaugural en un Congreso, tiene un significado que importa rescatar. La dimensión ética no es un agregado más a la definición o descripción de los actos del hombre. Por el contrario, cada hombre, cada uno de nosotros, siente como lo más constitutivo de sus propios actos esto que él es el responsable por ellos. Es en último término, por eso, por lo que llamo míos a mis propios actos y digo de ellos que yo los hago, y no que ocurren o suceden. La conciencia de responsabilidad está ligada a la experiencia indesmentible de la decisión personal, a la conciencia de que puedo conferirle a mi actuación sentidos u orientaciones diferentes. La conciencia de responsabilidad suscita, entonces, una forma especial, una categoría particular para calificar los actos humanos que no atiende tanto a su eficacia o a su objetivo, sino a su adecuación a un orden que percibimos como ideal. Apreciamos nuestros actos como buenos o malos, y simultáneamente experimentamos la fuerza de la exigencia de que el mundo de la realidad, tal como ella es, se conforme a la realidad que debe ser. Esto parece ser una parte absolutamente inseparable de la condición humana. La historia guarda el recuerdo de muchos códigos morales distintos; de muchos mundos de exigencias ideales contrapuestos, pero no guarda el recuerdo de una sola existencia humana colectiva, de una sola cultura que no haya vivido alguna exigencia moral. Del mismo modo que la historia guarda el recuerdo de innumerables errores de hecho sobre el mundo que rodea al hombre, pero no es imaginable una existencia humana que no se forme alguna idea de ese mundo. Por eso, recordar la dimensión ética de una actividad, es llevarla precisamente al foco donde comparece su condición de actividad humana.

Pero reflexionar sobre la dimensión ética de un acto humano es, ante todo, tomarlo aparte, ponerlo ante nosotros como un todo, desprendido en cierta forma, libre del acontecer en el que estaba encadenado; y al percibir un acto, una actuación nuestra como un todo, como un conjunto, lo que estamos percibiendo es su sentido; nos estamos preguntando qué es lo que significa, en qué consiste ese todo que ha comparecido a nuestra vista y tenemos, entonces, que preguntarnos, hoy día, cuál es el sentido de la investigación científica.

La Investigación científica es una actividad metódica, destinada a aumentar el conocimiento humano. Sus resultados se expresan normalmente en proposiciones de validez universal, en el sentido de que ellas son admitidas como verdaderas y acogidas como un avance real en el conocimiento por el conjunto de los entendidos en la materia. La investigación es, entonces, una forma especial que tiene de ejercerse el anhelo del hombre por conocer. Nosotros somos tributarios de la cultura europea, nacida a su vez de la cultura grecorromana y llevamos incorporada en el alma una tradición milenaria, que distingue a nuestra historia cultural de todas las otras que se han dado sobre la faz de la tierra, y según la cual le atribuimos a esta función de conocer un valor altísimo en la existencia humana. Los más antiguos de los filósofos griegos, en el alba de nuestra cultura, tuvieron precisamente ese rasgo original: únicos entre todos los hombres, se preguntaron por la naturaleza de las cosas, no en el sentido de buscar una explicación por medio de un mito, sino en este otro sentido de aplicar la razón a entender al hombre y a entender al mundo. En uno de los documentos más fundamentales de la historia de la filosofía, en

el libro de la Metafísica, lo dice Aristóteles como la frase de entrada en su materia: "todos los hombres desean, por naturaleza, saber". Lo que significa que el deseo de saber no es un atributo más que puede faltar o estar presente, sino que es un ingrediente propio de la naturaleza de todos los hombres. Y continúa diciendo que: "un signo de esto es la alegría que experimentamos en el uso de nuestros sentidos, a los que, aparte de su utilidad, los amamos por sí mismos", de modo que hasta en el ejercicio de nuestros sentidos orgánicos descubrimos el sello de nuestra naturaleza: gozamos conociendo, y esa condición es propia, inherente a la condición de todos los hombres, quienes la tienen por el mismo hecho de ser hombres. Esa es la casa cultural donde hemos nacido, sepámoslo o no.

Este descubrimiento del valor y de la necesidad humana del conocimiento es la raíz de un árbol gigantesco. Es esa actitud la que distingue a la cultura de Occidente y la hace dinámica, evolutiva, inquieta, porque ella está siempre poniéndose en cuestión, siempre gozando en la alegría y la aventura de conocer. Una rama de este árbol es lo que llamamos la Ciencia. Si hubiéramos de buscarle un origen en el tiempo, tendríamos que remontarnos a Parménides, uno de los más antiguos de los filósofos griegos, quien enunció de modo muy denso la intuición de que "uno y lo mismo son el ser y el pensar". Lo que podríamos tal vez simplificar, aun empobreciéndolo, para decir que las leyes que rigen el ser de las cosas son las mismas leyes que rigen el entendimiento, y que, por lo tanto, no puede tener existencia nada que sea absurdo; y la demostración de que algo es en verdad absurdo, es al mismo tiempo la demostración de que no existe. Así, el ejercicio del pensamiento humano abandona la servidumbre de la magia, deja de ser un modo de adaptarse a un ambiente o de formularse explicaciones útiles o tranquilizadoras, y sirve realmente para comprender lo íntimo, el ser de las cosas. Pero entonces surge una cuestión que habría que aclarar: en qué forma se le puede aplicar a la actividad de investigación una connotación ética, desde el momento en que podría pensarse que ella es una pura actividad del entendimiento que busca descubrir la verdad y que no puede reconocer más límite que el simple límite de no dañar a un tercero y que no podría sufrir ninguna suerte de restricción en su horizonte. Todos nos damos cuenta de que en alguna parte de ese razonamiento hay una falacia, pero su análisis puede servir para situar correctamente el problema de la naturaleza de la investigación.

No pretendo, por supuesto, hacer una historia del pensamiento europeo; sólo quiero decir que en un momento dado de su evolución él hizo un viraje de trascendental importancia con el advenimiento de la ciencia experimental. Al ser confrontado el hombre con el problema de la seguridad o certidumbre en su conocimiento, ya que una cosa es saber y otra es estar seguro de la verdad de lo que se sabe, halló una respuesta de aplicación universal al estudio de la naturaleza. La medida de la verdad de nuestras formulaciones teóricas, es su comprobación experimental. Una teoría permite adelantar hipótesis, prever el comportamiento de la naturaleza en condiciones determinadas. Si la teoría es falsa, el comportamiento previsto no llega a producirse. Si el comportamiento esperado se produce, entonces la teoría resulta provisionalmente verdadera. Pero de esto se sigue que una teoría científica acertada es potencialmente una mina de predicciones sobre el comportamiento de la naturaleza. Si yo comprendo bien la teoría, puedo idear situaciones que no tengan nada que ver con las situaciones ya conocidas y a las cuales, sin embargo, puedo controlar y domi-

nar a pesar de no haberlas experimentado nunca. Así, un señor que no se movió jamás de su escritorio, pudo calcular al milímetro el descenso de una nave espacial en la superficie de la Luna. Otro pudo prever exactamente la energía que produciría la fisión de un átomo, mucho antes de que alguien hubiera siquiera empezado a discutir cómo se podría lograr esa fisión. Toda la tecnología moderna reposa sobre esa propiedad de la ciencia. La tecnología no tiene nada que ver con las formas antiguas de la técnica que procedían fundamentalmente al tanteo. La tecnología moderna es cada vez más un experimento a escala gigantesca. Pero, en esta forma, hemos introducido en el campo del conocimiento un factor nuevo, que es característico de nuestra edad, en que nuestras culturas se están desgajando irremediabilmente de su origen grecorromano; porque en la ciencia ya no se trata sólo de conocer, de buscar unas leyes del ser que se identifican con las del pensamiento y de gozarse en ese conocimiento como se goza el ojo con la luz. El conocimiento experimental es otra cosa. Es una forma de dominio de la naturaleza. El hombre de ciencia se encogera a menudo de hombros frente a la pregunta ingenua acerca de si su teoría es una expresión fiel del ser de las cosas; donde él afina su seguridad es en la convicción de que la teoría le permite predecir el comportamiento de la naturaleza y, por lo tanto, manejarlo. El conocimiento pasa a ser una forma de control. Esto tiene ya una atingencia directa al tema de esta clase. Propiamente no podríamos imaginarnos que la búsqueda de la verdad no fuera buena, desde el momento en que la verdad es propia del entendimiento como la luz lo es de la vista; pero en la investigación científica y en la misma raíz de la ciencia natural moderna hay una acción, y las acciones del hombre sí que pueden ser buenas o perversas. Nuestra tradición cultural de raíz griega exige la aplicación de la razón a todos los objetos del entendimiento, también a éste de la ética. Entendemos que en la medida en que se desentraña el sentido de una actividad humana, van brotando también las exigencias que ella le plantea al hombre. El hombre occidental no ha podido nunca renunciar a esa impronta legada por los griegos, por eso ha estado siempre procurando entender al mundo, y dentro de él, entender al hombre, formulando una idea racional de lo que el hombre es y de lo que el hombre debe ser y debe hacer. En Occidente se han sucedido dinámicamente esas concepciones del hombre, esos humanismos, modelos según los cuales la humanidad educa a sus hijos. Mientras que en el resto del mundo la ética aparece ligada primordialmente a la estructura social, a las estructuras culturales, religiosas, etc., en el hombre de Occidente ella es principalmente un asunto de reflexión, de penetración de la naturaleza de las acciones para percibir allí sus exigencias ideales. Eso ha hecho que la ética occidental sea tal vez más voluble, más cambiante, más inquieta, más abierta —también— a monstruosas desviaciones; pero también más dinámica y, en último término, más universal, y, por eso mismo, más humana. Pero, por lo mismo, la percepción de la dimensión ética de los actos humanos exige una atención constante y vigilante. Ocurre con ella lo mismo que ocurre con la facultad de conocer. Los primeros principios del entendimiento son pocos y simples. Ya Platón se gozaba en la paradoja de que un niño cualquiera podía deducir las más complejas de las leyes matemáticas; pero todos sabemos cuán grande es en realidad el esfuerzo para llegar a aplicar correctamente esos principios. Y cuán grande es la atención que se nos exige para llegar a ser verdaderamente dueños de nuestra facultad de conocer.

Los principios éticos, en la misma forma, tal como los primeros principios del entendimiento, son pocos y simples. La realidad en que se aplican es com-

pleja, variable, confusa, y está, además, distorsionada por nuestros propios afectos y temores. La única manera de moverse en esa selva es análoga a la manera laboriosa de moverse en el mundo del conocimiento. Hay que mantener una conciencia despierta, una voluntad siempre renovada de desentrañar frente a cada caso, frente a cada problema, el significado ético que él guarda. En una frase, la conciencia moral sólo se afina por su constante ejercicio, por la constante aplicación de la reflexión sobre ella. Por lo mismo, no hay que pretender que de las reflexiones de ética surja una especie de recetario de lo que hay que hacer y de lo que no hay que hacer. Las reglas desligadas de su sentido profundo son la muerte de la moral, en forma tan efectiva como puede serlo la transgresión deliberada, la inmoralidad activa: ambas maneras le dan la espalda a esta condición propia del hombre, que es buscar siempre una mayor perfección en su conocimiento y en su acción, luchar por una suerte de inalcanzable perfección como lo veía con singular agudeza en el siglo cuarto Gregorio de Nyssa, al decir que es tal vez en esta disposición de aspirar siempre a un bien más alto donde se encuentra la perfección de la naturaleza humana. La perfecta conducta o el conocimiento perfecto no son algo que se pueda poseer como se posee una cosa, ni siquiera el propio ser del hombre es un estado en que él pueda gozar, desde que su perfección consiste en una tensión, en una aspiración que no se deja adormecer.

La aplicación de la investigación científica en forma que toque o que tenga que ver con la vida y el bienestar del hombre, toca, en primer lugar, a su relación con los derechos de la persona humana. Y aquí topamos con una de esas paradojas, de esas grandes paradojas de la historia cultural, que no tengo, naturalmente, tiempo sino de mencionar. Nuestra cultura occidental ha sido cruel, ha sido, por lo menos, tan desdeñosa de los hombres como la que más, y sin embargo está toda ella, en toda su historia, traspasada por un reclamo exigente e intransigente que pide que se le dé al hombre una consideración especial, que pide para la dignidad y los derechos del hombre la calidad de un límite impasable. La última raíz de esto es religiosa. En el libro del profeta Daniel, cuando él ve surgir en su visión unos como monstruos poderosos y temibles, que representan a los grandes imperios triunfantes de la tierra, él recibe al mismo tiempo la revelación de que el reino perdurable no les pertenece a esos seres espantosos que están predestinados a la corrupción y a la destrucción. Ese reino perdurable le pertenece a uno que tiene aspecto de hombre, a uno que es como hijo de hombre. Recibe el profeta en cierta forma, la revelación de que Dios se ha jugado en el hombre. Y la revelación de Jesucristo le da a esa decisión divina un valor absoluto. Desde entonces, en el corazón de cada hombre se plantea una decisión radical: si considerar al otro como un ente más entre los entes, o bien, como el sujeto de derechos que a nadie le es lícito amagar. En nuestra concepción, la persona humana tiene derecho a su integridad espiritual, moral y física, y ninguna forma de experimentación con el hombre podría permitirse atentar contra ellas. Se puede atentar contra la integridad espiritual de muchos modos; el más corriente, consiste en el desprecio por el patrimonio cultural, por la fisonomía espiritual del otro y en su atropello consiguiente. Poco evidente en estudios de tipo experimental, esta transgresión se puede hacer muy evidente en estudios de tipo pedagógico, sociológico o psicológico; pero ella puede también surgir por la imposición de procedimientos médicos que sean lesivos a la forma cultural de aquellos en los cuales ellos se hayan de aplicar.

Contra la integridad moral del hombre se puede atentar por soborno, por coacción, por halago; se puede inducir a otros a participar o a prestarse en traba-

jos de investigación que involucran procedimientos que ofenden a su conciencia moral, y al hacerlo, se está degradando la persona de la víctima, al obligarlo a participar en aquello que reprueba. En otro aspecto, olvidamos muchas veces que el propio investigador puede atentar contra su propia integridad moral en actos a veces descuidados, como cuando es inútilmente cruel con los animales que son como un reflejo del hombre. Contra la integridad física se puede atentar de muchos modos: hay ensayos de tratamiento, de intervenciones quirúrgicas, de procedimientos de examen que son peligrosos y que no reportan una utilidad que sea proporcional al riesgo que significan. Es posible, por cierto, y la historia de la medicina está llena de esos casos, que se encuentre en un momento dado quien por el bien de los demás o en la esperanza de una mejoría propia esté dispuesto a correr riesgos de consideración. Lejos de ser eso criticable, puede ser digno de elogio y signo de una noble disposición espiritual, con tal de que nazca de una libre determinación de un espíritu sano y no de una compulsión enfermiza. El punto crítico es que esa decisión debe ser libre e informada y este principio general le prohíbe al investigador que busque aprovecharse de la pobreza ajena para forzar a otro a que corra riesgos por dinero, y hacer ilícito comprar el riesgo de un preso con la promesa de libertad o de rebaja de condena. En todos esos casos, la libre decisión está impedida. Pero es necesario recordar que los derechos los tiene el hombre por el mero hecho de ser tal y no por la utilidad que él representa para la sociedad. Idénticamente igual es el derecho a la vida que tiene un pobre insano, que el que tiene el sabio profesor que quisiera experimentar con él, y si se arguye que el insano o el oligofrénico le debe este sacrificio al bien social, habrá que responder que es profundamente injusto y repugnante a la recta conciencia el exigirle más al que ha recibido menos. Todo este punto de la libre aceptación de parte del hombre objeto de experimentación, y de su libre aceptación informada y responsable, es de los más delicados, sobre todo en países como el nuestro donde la diferencia cultural entre el médico y una gran parte de sus pacientes es considerable y donde el médico es entonces objeto de una consideración respetuosa y hasta supersticiosa. El médico que está colocado en ese plano debe redoblar su cuidado para respetar a quien se le entrega y no engañarlo ni coaccionarlo. Puede ser difícil decidir en algunas ocasiones, pero tal vez sirva una regla sacada del fondo común de la doctrina cristiana: no es lícito hacerle al pobre, al preso, al insano, lo que uno rehusaría hacer con su amigo, con su padre o con su hermano.

Algunos de los que me están oyendo pueden pensar que esta manera de ver es un poco extrema y, en último término, exagerada. Pues los verdaderos crímenes en experimentos humanos están reservados a seres más o menos monstruosos, y el médico corriente, aun si a veces se propasara en algo, no corre el peligro de transformarse en un monstruo. Es prudente el hombre que sabe escarmentar en cabeza ajena, y en este caso, quien se acuerda de que algunas de las peores atrocidades que han deshonrado a la humanidad en este siglo, como fueron los experimentos en seres humanos perpetrados por los nazis, fueron llevados a cabo por personas que hasta inmediatamente antes de cometer sus crímenes y luego por muchos años después de haberlos cometido llevaron vidas normales y corrientes de ciudadanos aparentemente ejemplares. Nadie puede decir que hay un crimen que él sería esencialmente incapaz de cometer. Los peores delitos no son los que brotan de una mente ofuscada en una instante, sino de aquella que ha dejado atrofiarse por desuso su sentido moral, y de hecho, creo que cualquiera podría contar de su vida de médico algunos casos en los que asistió a tratamien-

tos peligrosos e innecesarios, a ensayos temerarios, a esfuerzos de presión moral sobre un paciente para que se prestara a cooperar en algo que repugnaba a su conciencia. Y en cada caso no habrá reconocido en el culpable a un monstruo o a un psicópata, sino simplemente a alguien que había olvidado el respeto que le debe el médico a la persona del hombre que debe enfrentar.

Yo creo que es oportuna una palabra de insistencia sobre este aspecto del problema en un Congreso de estudiantes de Medicina. Todas las prevenciones que he hecho tocan, por supuesto, a cualquier clase de experimentador, pero ellas tocan de modo muy especial al médico, pues si nos preguntamos cuál es el sentido de la profesión médica tendremos que decir que él es el bien del hombre. Creo que fue Paracelso quien lo puso en una frase apretada: "medicus ex amore hominis et ex amore Dei": el médico proviene del amor del hombre y del amor de Dios. "Medicus ex amore hominis": por o a causa del amor del hombre. O como lo dicen con clásica sencillez los escritos hipocráticos, "donde hay amor para el Hombre, hay también amor para el Arte". No hay medicina, si no hay amor por el Hombre.

La condición necesaria de la medicina es el espíritu de servicio, de amor al enfermo, de compasión; y la disposición propia del enfermo es la confianza, porque él busca que su caso sea oído, su angustia considerada, que efectivamente se procure su bien, busca ayuda de quien está comprometido a dársela. Entonces, la acción de un médico que abusa de esa confianza, que se camufla tras los nobles objetivos de la medicina, que traiciona ese prójimo que confía en él, es una acción particularmente odiosa, una especie de pecado contra la naturaleza de las cosas, que mina y destruye la fe pública en la medicina y que degrada al médico que incurre en ella. Cualquiera que sea la modalidad según la cual se acerca un médico a un ser humano, sigue vigente para aquél su compromiso en el juramento hipocrático, cuando dice: "por lo que respecta a la curación de los enfermos mantendré alejado de ellos todo daño consideraré santos mi vida y mi arte".

Fuera de estos problemas de la experimentación con seres humanos, que son los clásicos de la investigación científica en medicina en sus relaciones con la moral, en los últimos años han surgido problemas éticos nuevos que confrontan al investigador médico no por ser él un médico, ni por tratar con seres humanos, sino por el solo hecho de ser un hombre de ciencia. Ello ha ocurrido en la medida en que la ciencia ha ido desarrollando nuevos temas que significan un dominio mayor de leyes más fundamentales de la naturaleza. Estos aspectos de nuestro problema pueden no tener una importancia o urgencia tan inmediata para nosotros en este país, donde el trabajo de investigación no constituye una empresa colectiva de la enorme gravitación que él adquiere en los grandes países industriales; sin embargo, al observar lo que pasa en esos países, se nos pueden aclarar algunos de los problemas más serios que enfrenta la ciencia en su futuro inmediato. Aclarar los problemas no significa, por cierto, resolverlos, pero es un paso para ello. No pretendo, en estas últimas palabras, traer ninguna solución a los problemas que plantearé, pero creo útil dejarlos expuestos para la meditación de ustedes. El problema central es éste: el avance científico está creando instrumentos de dominio sobre la naturaleza, que alcanzan un poder inimaginable, en circunstancias de que no se divisa un desarrollo comparable de los medios para impedir que esos instrumentos ejerzan todo su poder destructor. Aún más, frente a un hallazgo cientí-

fico, sabemos que él tiene una potencialidad útil y una potencialidad destructora, pero nos es absolutamente imposible decidir si la utilidad potencial compensa a la capacidad de daño. Por primera vez se vieron confrontados los hombres con un problema de esta índole en el desarrollo de la energía nuclear. Es cierto que ya mucho antes se habían desarrollado medios de destrucción muy perfeccionados y que en cada explosivo —por ejemplo— estaba involucrada la obvia cuestión de si él iba a ser usado para bien o para mal. Pero aquí pasa otra cosa: la energía nuclear, con su capacidad para alterar profundamente no sólo la existencia física de los individuos, sino el medio ambiente y el patrimonio hereditario, plantea una situación nueva que ha puesto de hecho en cuestión algo que hace cincuenta años habría parecido incuestionable: los beneficios que la ciencia aporta a la humanidad. La ciencia descansa sobre la convicción de los hombres de que su actividad es buena y no les es nociva en sí. Los mecanismos de control político de los efectos destructivos de la energía nuclear basados en el monopolio y el secreto están haciendo crisis, y por muy variadas maneras se ha desencadenado sobre el mundo un agente potencial de daño, cuyas consecuencias son imposibles de prever. Es evidente que frente a esta situación nueva, ya no resulta adecuado el planteamiento clásico de que el descubrimiento en sí es bueno y de que sólo sus consecuencias o aplicaciones pueden ser malas o condenables. Los adelantos científicos y tecnológicos en este campo ponen inevitablemente en manos de los hombres una herramienta de una terrible peligrosidad, sin que nadie pueda decir si se están haciendo adelantos paralelos con el fin de asegurar para ella un uso bueno, o siquiera un uso no equivocado, porque aquí ya no es cuestión sólo de perversidad moral, sino simplemente de errores de apreciación, de los cuales puede depender que el desarrollo de las centrales nucleares, la eliminación de los desechos radiactivos, etc., se transformen en amenazas de consideración.

Cuando Oppenheimer, uno de los creadores de la bomba atómica, dio salida a su conciencia torturada, diciendo que los físicos habían llegado a conocer el pecado, realmente estaba poniendo el epitafio sobre una época en que los hombres de ciencia pudieron pensar que sus hallazgos eran en sí indiferentes o buenos y que la única responsabilidad recaía sobre aquellos que los usaran para bien o para mal. En ese ejemplo, en el de la bomba atómica, los hombres de ciencia tuvieron que tomar conciencia de que su actividad de transformación de la naturaleza los hace responsables por ella ante los demás hombres y les niega para siempre esa presunta neutralidad moral de técnicos. Al caso de la energía nuclear, había de suceder muy pronto el de la ingeniería genética, que encierra, al menos en teoría, la posibilidad de inventar formas nuevas de vida y de introducir así alteraciones enteramente imprevisibles en el medio ambiente. También aquí las primeras noticias fueron recibidas con una reacción casi histérica, se prohibieron esos experimentos, para luego reglamentarlos, cosa nunca antes vista en la historia de la ciencia: investigaciones científicas puras, que no involucraban ninguna práctica dolosa con ningún ser humano, fueron prohibidas, rodeadas de cortapisas, consideradas con sospecha. Más de un inquisidor de antaño debió revolverse sorprendido en su tumba, al ver cómo por caminos tan complicados se había llegado a prácticas tan parecidas a las suyas y que habían sido tan condenadas por los mismos que ahora lo seguían. Es que de nuevo aflora la cuestión. **En la esencia del método científico, están la transformación y control de la naturaleza.** ¿Hasta qué punto ello es lícito?, ¿existe algún límite a lo que se puede hacer con la naturaleza?